

tábamos destinados á descubrir, se escuche hoy resonar nuestro idioma en lengua de muchas naciones, y que la raza, oriunda de nuestra Península, la que lleva en las venas nuestra misma sangre, lleve también la esperanza de nuestro porvenir, y el sol, al ponerse en nuestras costas, se alce límpido y radioso en las costas americanas.

HE DICHO.



EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EN LAS LETRAS ESPAÑOLAS

I

En los libros.—Cesáreo Fernández Duro: Colón y la historia póstuma.—Nebulosa de Colón.—Pinzón en el descubrimiento de las Indias.—P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús: Estudios críticos acerca de la dominación española en América: Colón y los españoles.—P. Fr. José Coll: Colón y la Rábida (primera y segunda edición).

La proximidad del cuarto centenario del descubrimiento de América y la conciencia universal de la magnitud del suceso, forzosamente habían de reflejarse en los estudios históricos, é impulsarlos á mayor actividad y plenitud. En España este ramo de la literatura florece escasa y tardíamente, no porque deje de inclinarse á su cultivo alguna inteligencia muy clara y alguna pluma muy maestra, sino porque la indiferencia del público, ya bastante marcada hacia las obras amenas, se

centuplica al tratarse de libros serios, más arduos de leer. Apenas parece que la atención general se concentra en algún período de la historia, llueven investigaciones acerca de él; prueba de que si la atmósfera fuese más propicia, no careceríamos aquí de historiógrafos diligentes, y los que ya tienen demostradas sus aptitudes emprenderían trabajos más extensos, que poco á poco rectificasen y esclareciesen las confusiones de nuestra historia.

Por este desgano del público, que trae de la mano el desaliento de los escritores, me parece doblemente merecedora de encomio la obra perseverante, copiosa y fructífera de D. Cesáreo Fernández Duro. Que se me permita el galicismo de decir *obra* y no *obras*, porque las de Fernández Duro son un solo pensamiento expresado y desarrollado en veinticuatro ó veinticinco nutridos volúmenes. Historiar y poner de realce las glorias de nuestra marina, es el propósito del autor de *La armada invencible*.

Veinticuatro volúmenes, sólo por el concepto cuantitativo, sin tomar en cuenta para nada su calidad, ya infunden respeto, máxime si versan sobre materia tan ardua, y muchas veces tan nueva, como versan los de Fernández Duro. No es mi ánimo, ni podría aunque quisiera, contrastar el mérito de uno de esos libros,—cuanto más de dos docenas,—aquilatando lo que pueden encerrar de investigación nueva y propia, ó de justicia en los fallos que recaen sobre puntos controvertidos. Los contados especialistas, ó más bien los inteligentes en historia náutica, podrán, y de hecho pueden, juzgar diversamente en este respecto las tareas de Fernández Duro, porque no suele darse conformidad entre la gente docta, lo cual pone en gravísimo aprieto á los profanos; y yo, incluida entre los últimos, no he de dirimir ciertas contiendas. En cambio, me creo autorizada para decir categóricamente que la labor de Duro me parece, además de abundosa, concienzuda, notabilísima, honrosa para nuestra patria, y uno de los

títulos que podríamos alegar si los extranjeros, con visos de razón, nos acusasen de negligentes en la investigación de nuestro grande é histórico pasado. Casi me atrevería á responder de que los libros de Fernández Duro se cuentan en el número de los que más consultan los historiadores extranjeros cuando tienen que hablar de asuntos españoles.

Entre los libros de Fernández Duro hay tres, dos de ellos recientes y uno del presente año, que se relacionan directamente con la personalidad del descubridor de América, tan discutida hoy en España y los países anglo-sajones. Titúlense *Colón y la historia póstuma*, *Nebulosa de Colón y Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, y son tres estudios muy leederos, dignos de encomio cada cual por su estilo, y revestidos de un lujoso ornato de varia doctrina bibliográfica é histórica, á la cual prestan unidad algunas ideas que el autor expone y defiende con calor é ingenio; por donde se comprenderá que estas obras de Fernández

Duro, aunque ricas en datos, no son compilaciones, sino libros de crítica, de polémica, á veces de apología.

En *Colón y la historia póstuma* se examina y rebate otro libro de tan escasa autoridad y valor científico como singular fortuna: el del conde Roselly de Lorgues. Jamás he podido explicarme, á no ser por la inmensa difusión que logran las páginas escritas para lisonjear á la vez los sentimientos piadosos y la fantasía, la popularidad de esa obra "de agradable pasatiempo". Al menos, la biografía de Colón, por Lamartine, es obra de un gran poeta, de un escritor glorioso.

Los trabajos especiales de Roselly de Lorgues, que paso á paso sigue Fernández Duro, son propios y característicos de un francés. El francés que toma de su cuenta un proyecto, es flexible, activo, insinuante, melodramático, pegajoso como una lapa, capaz de volver el mundo patas arriba, contando siempre con que, del ruido y brillo de la idea, algo ha de recaer en su abogado y patrono. Desde este

punto de vista, Roselly de Lorgues realiza un tipo digno de estudio. A partir del año de 1840 hasta la fecha, se agita, se mueve, viaja, escribe, asedia á Pío IX, á León XIII, gestionando la beatificación del primer Almirante de las Indias; y no hay duda que si en Roma no se hilase tan delgado, tendríamos, á estas horas, San Cristóbal nuevo. A bien que, como dijo el P. Coll, no se comulga por allá con ruedas de molino, y aun antes de que la crítica documental iniciase su labor de filtro y alambique, la fina y cortés repulsa del Vaticano había reducido á justos límites el intento del *Postulador*.

Este no se para en barras. Es de ver con qué llaneza trata á nuestra historia y á nuestros personajes más conocidos. Ni más ni menos que si fuese un Labiche, habla de *Don Contreras* y *Don Moscoso*, de *Antonio Nicolao* (Nicolás Antonio) y de Alvar Núñez, *con poca gracia apodado tête de vache*. En su perentoria opinión, Fernando el Católico es un monarca artero, que procuró chasquear al sobe-

rano Pontífice (en lo cual bien quisiera Roselly seguir sus huellas;) un sicofanta coronado, una alteza embustera y ladrona, sacrílega y perjura, verdugo de Colón y opresor de la reina Isabel; y Martín Alonso Pinzón, un desertor, ladrón y falsario. Con razón dice Fernández Duro que la mejor refutación de tales discursos es trasladarlos; no obstante, la *Historia* de Roselly es un libro, como dicen en Francia, *encombrant*, insidioso, que ha tenido difusión inmensa, y que todavía sirve de breviario á infinitos españoles más ó menos literatos para juzgar un período de nuestra historia: bien hizo Duro en no limitarse á copiar las diatribas del Conde, sino impugnarlas una tras otra, y deshacerlas y barrerlas como se barre la telaraña. Barridas y todo, remanecen.—Y es muy graciosa la malicia y trastienda con que Fernández Duro desentraña los móviles de la animadversión é inquina que manifiesta Roselly contra Navarrete, el que tiró de la manta descubriendo los devaneos del Almirante con doña Beatriz En-

rriquez de Arana, motivo bastante, por sí solo, á que la instancia de beatificación no corriese en la cauta Roma. A la aseveración del Conde, de que en España ni se han cantado ni se han escrito las glorias de Colón, responde Fernández Duro con un aparato bibliográfico de poesías, vidas, viajes y colecciones diplomáticas, que refuerza la demostración de no haber leído el buen Postulador nada de lo que por necesidad, más que por curiosidad y conciencia, debía leer.

En la *Nebulosa de Colón* ya no se trata de rebatir aseveraciones tan gratuitas como difamatorias, sino de indicar sagazmente cuáles son los puntos más oscuros y enigmáticos en la biografía del Descubridor, de quien puede decir con fundamento un escritor (por otra parte desatentado), en reciente artículo publicado en una Revista inglesa: "*With him everything is lost in doubt. Even his name can scarcely be said to be known*,"—añadiendo más adelante que "*of his earlier life and adventures he never cared to*

write; he seems to have sought to hide them in obscurity ¹."

Para Fernández Duro, las nieblas de la historia colombina no consisten en averiguar si Colón, como piensa Lawrence, calumnió á los inocentes caribes atribuyéndoles costumbres antropofágicas,—cuando ellos precisamente eran vegetalistas.—Varias incertidumbres y muchos problemas (alguno se da hoy por resuelto, verbigracia, el de la verdadera patria del gran navegante,) forman la nebulosa, difícil pero no imposible de condensar.—¿Fué Colón efectivamente el descubridor de América, ó la habían descubierto ya en el siglo v el monje budista Hui San, en el x los normandos acaudillados por Leif Erikson, y á mediados del xv las tres naves enviadas por el Rey de Portugal, de que habla Lawrence refiriendo el diario de unos viajeros bohemios? ¿Colón se llamó así por su familia, ó fué en realidad el pirata griego Zorzi ó Giovan-

¹ Eugenio Lawrence: *The mystery of Columbus*.

ni, que había adoptado el nombre de guerra de *Palomo marino*? Cuando Colón regresó á España trayendo ya la certeza de haber hallado tierras nuevas (del Asia, suponía él), ¿se le recibió con moderado júbilo, ó con ostentación y regocijo indescriptibles? ¿Nació en Génova ó en Córcega? ¿Fué esposo legítimo *in facie Ecclesie* de doña Beatriz, ó sólo su galán? Aunque Colón no ootuviese protección y acogida en España ni en corte alguna y muriese sin poder realizar su proyecto, ¿dejaría por eso de descubrirse América, en plazo brevísimo? ¿Fué Martín Alonso Pinzón desertor é insubordinado? ¿Qué hay de verdad en la conseja del piloto Alonso Sánchez de Huelva, por quien supo Colón la existencia de tierras desconocidas? ¿Se ha de creer que se amotinó la tripulación de las carabelas? ¿Es auténtica la *Historia* de D. Hernando Colón? ¿Dónde murió el descubridor del Nuevo Mundo? ¿Qué fundamento tuvo el Municipio de Valladolid para colocar una lápida conmemorativa

en cierta casa de la calle Ancha de la Magdalena?

Todos estos aspectos de la bien nombrada *nebulosa* considera Fernández Duro, haciéndose cargo de buen golpe de publicaciones más ó menos recientes que tienen por asunto la vida y hechos del genovés, conjeturando y juzgando con discreción y consideración de testimonios, y á mi ver, salvo en lo que se refiere á Martín Alonso Pinzón, en que pone más vivo y especial interés, con muchísimo pulso y huyendo de las dos opiniones radicales y extremosas. Porque aquí en España, donde la minoría que lee sólo conoce entusiastas panegíricos de Colón, no se sabe que frente á la escuela apologética de Roselly de Lorgues existe otra condenatoria, implacable, y que las críticas que aquí se han impreso en libros y pronunciado en Ateneos, y que de tal manera soliviantaron y alarmaron, son tortas, pan pintado y flor de cantueso al lado de ciertas obras publicadas en Norte América, — como el *Colón sin gloria*, de

Edward P. Vining, donde se afirma que los chinos tenían muy descubierta á América desde el siglo IV, y que, por tanto, la gloria adjudicada á Colón como descubridor del Nuevo Mundo no le pertenece, — especie que confirma Leland en su libro *Descubrimiento de América por los chinos*, y que en otro concepto ratifica Norton Horsford al trazar la biografía de Leif Erikson, el Colón de los normandos. La misma idea sostiene la señora María A. Brown, que no se muere de la lengua y llama á Colón “infame, usurpador y traficante en carne humana,”; pero aun así no llega á la suela del zapato del escritor que le sirvió de modelo, Aaron Goodrich, autor de la *Historia del llamado Cristóbal Colón*. De esta obra dice Fernández Duro que es el reverso de la de Roselly, y sin embargo, pertenece á la misma categoría en los dominios de la ciencia, pues apalanca “con la fantasía el idealismo, con la pasión la pasión, el misticismo con la irreverencia, hasta poner al lado de la leyenda seráfica francesa, leyenda mitológica

de Ultramar. Tanto luce en la una la generosidad de calificativos exaltantes, — *Embajador de Dios, Demostrador de la Creación, cristiano incomparable*, etc..., tanto brilla en la otra la escasez en los del género. Por no darlos al héroe, hasta el nombre vulgar con que es conocido le niega...,” “Queda, entre las dos historias, la figura histórica, cual la del que se mira alternativamente en dos espejos cóncavo y convexo, sin querer dar crédito á los ojos en presencia de tan raro y curioso contraste.” Bien curioso, en efecto; de mí sé decir que me divierten infinito esos rabiosos libelos y esos delirantes panegíricos de ultratumba, porque admitiendo los mismos hechos, — al parecer de goma elástica, — se atribuyen á un mismo personaje las más altas virtudes ó los más nefandos vicios y crímenes. Para Roselly, en España existe vasta conspiración histórica encaminada á robar y esconder la gloria de Colón; para Goodrich, la conspiración existe también, pero lleva el fin opuesto: idealizar á Colón y hacer de él

un héroe y un santo. Para Roselly, Colón fué en la continencia otro Escipión, y, por supuesto, esposo legítimo de doña Beatriz: para Goodrich, Colón no murió de la gota sino de males inconfesables, estigma del pecado. Me dejo en el tintero cosas más estrafalarias todavía; léase en el libro de Fernández Duro la crisis del de Goodrich, que es de oro.

Juzgo ocioso añadir que Fernández Duro está tan lejos de la novela difamatoria como de la ditirámica. Si no se imputase á *chauvinisme*, ó sea á patriotismo desordenado, yo diría que en general la crítica colombina española tiene un sentido de moderación y seriedad, que no siempre descubrimos en la extranjera. Aquí se ha discutido á Colón en ciertos respectos, pero nadie se ha ido (reconozcamos la verdad) por los cerros de Ubeda: que cerros de Ubeda son, aunque estén sitios en la América del Norte.

Fernández Duro emite parecer sobre muchas incertidumbres de la Nebulosa. De una de estas cuestiones, la que

se relaciona con los últimos momentos de Colón y casa donde murió, tenía yo antiguas y detalladas noticias, pues habiendo pasado, hace seis años, algunos días en Valladolid, y visitado, como todo forastero, la vieja casa donde, según reza una lápida, acabó sus días el Descubridor, hube de hablar después largamente con el docto Bibliotecario D. Venancio Fernández de Castro, que con especial complacencia me expuso todos los datos probantes de que la lápida no reza bien, ni hay fundamento alguno para creer que allí muriese Colón. En este punto concreto que por casualidad conozco, está muy fiel y muy detallado Fernández Duro. Infiero que, en general, puede decirse otro tanto del resto de la obra.

La más reciente; la que con mayor energía afirma el criterio especial del autor en la historia del gran suceso; la que le ha valido recias impugnaciones, es la titulada: *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*. He dicho antes que los libros colombinos de Fernández

Duro son el desarrollo calculado y documentado de dos ó tres ideas principales, y ahora advierto que la idea predilecta entre todas es la de reivindicar la gloria de los Pinzones, especialmente de Martín Alonso, á quien tiene por "espejo de la marinería, por hombre de los que en más alto grado avaloran la armada española, y por víctima de la injusticia más aún que de la ignorancia." En esta ocasión guió la pluma de Fernández Duro el deseo de responder á los cargos formulados contra Martín Alonso en la obra del señor Asensio, titulada *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, por la separación de la carabela *Pinta*. Penoso es ya, para el narrador de las glorias de nuestra marina, que la más alta empresa y el más excelso acaecimiento que registra en sus anales se considere obra aislada de un extranjero advenedizo; pero la desazón aumenta si á los copartícipes de la hazaña, no sólo se les niega la prez de haber contribuido á ella, sino que se les tizna con el borrón de

desertores, traidores y rebeldes. "Estos modernos admiradores de Colón — dice Fernández Duro — han adoptado en la exultación de su personalidad un método semejante al de las proyecciones fotográficas, dejando á obscuras la sala, á fin de que el foco de luz realce la imagen única que presentan." Y puesto que se coloca en el firmamento, entre los astros, al Jasón genovés, sería justo imitar á los griegos, que en la misma constelación incluyeron á los demás argonautas, y hasta á la nave que les condujo. Fernández Duro apela al supremo tribunal de la crítica, en trescientas sesenta y tres interesantes páginas.

La columna en que descansa el edificio, son los legajos de los litigios de la casa de Colón, existentes en el Archivo de Indias de Sevilla, y no consultados ni conocidos por Humboldt, Irving, Campe, Prescott y Cantú. "Vale, sin embargo, la pena de la difícil lectura de los originales el caudal de datos únicos que encierran." En esta última temporada en que las discu-